

EL ORDEN EN LA CIUDAD Y EL URBANISMO

POR

PATRICIO H. RANDLE

La esencia del orden.

La noción de orden está muy estrechamente vinculada al concepto de *arquitectónica* en tanto «sistema de partes sujeto a ciertas proporciones establecidas uniformemente». Decimos *arquitectónica* para no decir *arquitectura* e inducir a pensar en la realización material, aunque, bien es sabido que la *arquitectura helénica* —o clásica— habla de órdenes (dórico, jónico o corintio) cuyas proporciones se fijan conforme a un canon y a un módulo básico, con lo cual confirman, con un ejemplo concreto, el principio de la *arquitectónica* que, a su vez, se basa en la noción genérica de orden.

La ciudad, no por estar constituida materialmente por casas, por productos edilicios, sino por estar caracterizada por un cierto orden de éstos, está sujeta a una *arquitectónica* que es el urbanismo. Y la ciudad está condicionada a un cierto orden porque éste es su causa final, la que mejor que cualquier causa material, la que más rigurosamente la define (1). Ya que como dice Santo Tomás de Aquino en *De Causis*: «*la noción de causa implica orden*».

En la concepción clásica, según Ferrater Mora, *la relación de las partes respecto a un espacio está vinculada, y aun subordinada, a la relación respecto a la clase a la que pertenecen las par-*

(1) PATRICIO H. RANDLE: *Teoría de la ciudad*, Buenos Aires, 1984, cap. I.

tes, y, en último término, respecto a la idea (2). En la Edad Media prevaleció igualmente este concepto. *El concepto medieval de orden*, escribe Paul Ludwig Lansberg, *no se refiere en modo alguno, en su esencia, a una pluralidad de cosas y a sus relaciones en la formas variadas de su separación, como ocurre en el concepto moderno. Una cosa aislada puede, como tal, sólo estar bien 'ordenada', y es justa, siempre que tenga con su idea, pre-existente en Dios, la relación de adecuación* (3).

Ahora bien, el concepto moderno de orden es apreciablemente distinto. Se produce una verdadera desontologización del mismo desde que, mientras en la Edad Media trataba de la relación de la cosa real con su idea, en la época moderna trata únicamente de la relación existente entre realidades entre sí. Por tanto, esta desontologización aumenta con la prioridad que se acuerda a la cuantificación que convierte el orden en una mera configuración numérica.

En líneas generales, debe admitirse que modernamente se entiende el orden tan sólo como un mero encadenamiento de unos términos con otros sin que exista relación alguna de jerarquía. O sea, no existe ningún principio ordenador y, por tanto, ni se lo busca. De ahí que sea necesario enfatizar con Brian Coffey que el orden *es la disposición de una pluralidad de cosas u objetos de acuerdo con la anterioridad y la posterioridad pero solamente en virtud de un principio* (4). O como dice San Agustín: que exista *una relación recíproca determinada* (no cualquiera) *entre las partes* (*De Ordine*).

El propio conocimiento científico no se verifica *si no encuentra el orden que relaciona una cosa con otra*, afirma atinadamente Calderón Bouchet. Y es que, como dice Aristóteles, es propio del sabio ordenar, ya que la sabiduría es la suprema perfección

(2) JOSÉ FERRATER MORA: *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, 1958, pág. 1.003.

(3) PAUL LUDWIG LANSBERG: *La Edad Media y nosotros*, México, 1925, pág. 142.

(4) BRIAN COFFEY: *The Notion of Order according to St. Thomas Aquinas*, *The Modern Schoolman*, XXVII (1929), págs. 1-18.

de la razón y ésta tiene por objetivo conocer el orden (5). De donde colige Calderón Bouchet que *el conocimiento científico no se produce si no se encuentra el orden que relaciona una cosa con otra* (6). Condición mínima de la «ciencia», así como la de la Metafísica es, además, conocer el orden que relaciona una cosa con el Ser.

En general, el sociólogo convencional de nuestro tiempo, o el urbanista común, se contenta con la versión «científica» del orden. De ahí que, inclusive, se satisfagan con el descubrimiento de ciertas regularidades.

Nuestra pretensión va un poco más allá. Intentaremos insertar el tema en una perspectiva más amplia, para lo cual, inevitablemente, deberemos aclarar algunas versiones que se desvían del concepto de orden tal cual lo hemos delineado.

Negaciones y distorsiones del concepto de orden.

Retomando lo expuesto por Ferrater Mora, el hombre moderno acepta como primera imagen del orden, a algo desontologizado, no subordinado jerárquicamente a un principio superior, sino que se trata de un orden inmanente. Y así, en la ciudad tangible, el pensamiento urbanístico corriente se conforma con un orden puramente material o eficiente.

El orden que satisface es el que hace que la ciudad *funcione* y que sus partes no choquen entre sí; vale decir, un principio de organización de trabajo de consuno pero en absoluto no metafísico, ni ético y ni siquiera estético ya que, en esta última materia rige, inclusive, un criterio ecléctico.

El concepto de orden no trascendente queda adscripto, así, al de mera regularidad (7) y al de regularidad de naturaleza física.

(5) *Ética a Nicomaco*, lect. 1, núm. 1, citado por RUBÉN CALDERÓN BOUCHET: «Sobre las causas del orden político», Buenos Aires, 1976, página 10.

(6) RUBÉN CALDERÓN BOUCHET, *ibid.*

(7) Conforme a THOMAS KUHN (Structure of Scientific Revolutions) los paradigmas científicos son configuraciones estables de actividad científica, Chicago, 1962.

Y es entonces cuando suele aparecer el concepto de totalidad como patrón de ese todo. Pero ese todo no es perfectamente (completamente) definido, salvo en su propia inmanencia y, aunque las partes se ordenen al todo, lo hacen de una manera —diríamos así— puramente mecánica, o relativa, o funcional. Falta la noción de jerarquía integral, metafísica, ética y estética, esto es, la sujeción a la Verdad, el Bien y la Belleza. De ahí la ciudad contemporánea.

En vez de esa jerarquía integral hay una jerarquía «ersatz» fundada en meras valoraciones, o en actos de preferencia o rechazo; esto es, en bienes formales, en verdades convencionales y en una belleza fruto del gusto pasajero. De aquí al desorden hay un paso.

Esto lo interpreta fielmente Ferrater cuando dice que *La idea de desorden es así una simple idea práctica: el resultado de una decepción del espíritu, pero no la expresión de una ausencia de algo positivo* (8). Se siente la enfermedad, pero no se conceptualiza ni se valora siquiera relativamente la salud.

El urbanismo moderno sabe bien que la ciudad espontánea hoy día está desordenada (como no lo estaba la medieval, por ejemplo) y conoce perfectamente los síntomas de ese desorden; pero solamente los síntomas materiales. Carece de una idea clara y definida de la ciudad en orden porque, culturalmente, los urbanistas no están contestes en aceptar la existencia de ese orden metafísico del cual el orden material es una mera consecuencia.

O sea, que se admite la existencia del orden desde el punto de vista formal, como es el orden de la matemática que, en rigor, admite una variedad de órdenes, ninguno de los cuales tiene prelación sobre otro. Y, sin embargo, la idea de desorden prevalece en los espíritus sensatos; lo que les impulsa a perseguir un orden rector. En esta búsqueda pueden caber dos actitudes: la del idealista que busca un orden que no alcanza plenamente pero al cual se puede acercar (como suele ser el ideal

(8) JOSÉ FERRATER, *op. cit.*, pág. 1.004.

realista del médico frente al enfermo) y la del utopista que imagina arbitrariamente un orden artificial que se aleja cada vez que pretende acercarse a él.

No faltan tampoco quienes niegan lisa y llanamente el '*ordo*' como última razón espiritual de este mundo, al decir de Teodoro Haecker, como el auténtico conjuro contra la confusión de estos días deducen la incertidumbre de la posibilidad de que muchas de las que llamamos leyes naturales no sean más que estadísticas, y hasta la irrealidad de la causalidad en general la establecen como '*absolutum*', por decirlo así; la casualidad en lugar de la causalidad, la casualidad que tiene a la causalidad por... casualidad; ¡realmente un mundo a la inversa!

El marxismo es la versión de este orden subvertido desde que la noción de orden social, para esta secta, es otra cosa sustancial y distinta. No en vano el orden político marxista —como derivación de aquél— se concreta en un sistema rígido. Pero aun sin llegar a ese extremo, importa considerar el pensamiento filomarxista existente en Occidente.

Para éste —obligado a defender sus tesis con más inteligencia que los intelectuales de la Unión Soviética— la ciudad no es sino el mero producto de diversas *praxis*. Esto quiere decir que no existiría un fin al cual todo se ordena sino que, por el contrario, del juego espontáneo de fuerzas de las relaciones sociales en sí mismas, de los *mecanismos de formación de las prácticas sociales* (10), según habla Alain Touraine, surgirá una explicación *a posteriori*.

Esta explicación se produciría *a partir de su actividad y de dar un 'sentido' a sus prácticas*. A la vez, estas prácticas lograrían un cierto equilibrio a partir del equilibrio de ciertas normas (no descubiertas en la indagación de un orden natural sino puros entes de razón) las que, a su vez, configurarían un *jerarquía de sistemas* (Sic).

Ahora bien, cabe preguntarse, para que haya una verdadera

(9) TEODORO HAECKER: *Virgilio, padre de Occidente*, Madrid, 1945, V.

(10) ALAIN TOURAINE: *Pour la Sociologie*, París, 1974, pág. 58.

jerarquía —un orden, en otras palabras—, ¿no debe haber previamente un fin? ¿Cómo podría, por el contrario, el fin estar determinado por la *praxis*?

El orden en la ciudad.

Científicamente se puede definir la ciudad como una concentración de funciones. En verdad, la ciudad no queda definida ni por los edificios ni por la gente, sino por una peculiar forma de organizarse o de vivir: lo que los geógrafos llaman «género de vida» urbano.

Ahora bien, todo lo que funciona, funciona tendiendo a un fin. La función por la función misma es la entelequia —lo que lleva un fin en sí mismo— si no es Dios mismo, es un ídolo, o una utopía.

Por tanto, una vez más, es el fin el que ordena a los medios. Es el fin el que exige un orden, sin el cual es impensable alcanzarlo. De donde el orden, en la ciudad, no es un aditamento, ni un accidente, sino algo que pide su propia esencia.

El urbanista, en consecuencia, no debe imaginarse que provee un orden propio, sino que más bien de lo que debe ocuparse es de descubrir un orden subyacente en la ciudad para subordinarse a él.

Es difícil, sin embargo, que en una civilización como la que protagonizamos hoy, los urbanistas se percaten de ello. Todo contribuye más bien a inducirlos a creer que el desafío de la época es el de la creatividad, el de la invención, el de la fórmula o el método ideal.

Es tal la presión de la tecnología (no de la técnica *per se*, ni de la ciencia) que en vez de servirse de ella se concluye haciéndose tributario. En lugar de usarla como medio —y en la medida y modo que lo aconsejen unos fines libremente elegidos— se propone planear la ciudad para el siglo XXI como símbolo del adelanto tecnológico.

Es un hecho palpable que los arquitectos usan los materia-

les que les provee la industria y no la industria la que fabrica lo que le requieren los arquitectos. Del mismo modo procede la generalidad de los urbanistas cuando planean la ciudad para la civilización industrial, subyugados por sus realizaciones específicas, aun cuando en ello vaya un grave deterioro para la vida humana y social.

Se habla de calidad de vida, pero se la restringe a lo medible cuando lo más relevante y esencial del concepto es, no sólo lo cualitativo, sino lo irreductible a cantidad por su propia imponderabilidad.

Es inútil pretender ordenar la ciudad por métodos cuantitativos. Estos pierden el sentido de completamiento, de perfectibilidad con que debe concebirse la organización urbana y que exige no tanto metodologías como penetración en lo que es esencial, más que medición de lo que es puramente mudable. Porque, no en vano Aristóteles establece una correlación entre el orden y el *habitus* y afirmando que *la diferencia fundamental entre ambos reside en la menor permanencia del primero* (11).

La ciudad supone de tal modo las relaciones con el todo, que el solo pretender conocerla implica *per se* buscar el orden que rige esas relaciones; sea a nivel fenoménico como metafísico. Las expresiones «buscar», «encontrar» suponen la preexistencia de un orden. O sea, se descarta la mera posibilidad de que ese orden sea una pura creación humana; por lo menos en su raíz más esencial. El orden urbano debe ser descubierito, primero, en el orden político natural, porque es el orden básico de la *polis* y porque es un orden moral natural que el hombre puede, o no, obedecer por ignorancia o por rebeldía, conforme a su libre albedrío. Pero que con su conducta el hombre no puede modificar.

Para construir una verdadera *polis* es necesario aceptar la existencia de un orden natural, porque de él se deducirá el derecho —lo que sea justo en el caso concreto— ya que sin justicia no se puede arribar al bien común (fin último de la ciu-

(11) Citado por JOSÉ FERRATER MORA: *Op. cit.*, pág. 1.003.

dad) pues constituye junto con la paz social —la *tranquilidad en el orden*— los dos pilares de la vida política.

Y así como hay un contrato social —como el de Rousseau—, idealista, irreal y abstracto, donde se debe ser concreto, también hubo un pactismo cristiano tradicional en el origen de las ciudades medievales en las que el señor negociaba las franquicias con los nuevos burgueses. En este caso, el orden de la ciudad estaba basado en una célula básica de la vida social: la familia, y no en átomos dispersos como son los protagonistas del contrato *rousseauiano*. De ahí que se hablase de los pueblos como de «entramados de familias», evocando, implícitamente, el sentido literal del término orden que en griego habría sido originalmente el de *la disposición de las hebras en un tejido*, algo así como el cañamazo que, en este caso, sería el de la vida social (12).

Orden formalista en urbanismo.

Contrariamente a esta visión profunda, la opinión desprevénida que oyé mentar este concepto de orden a propósito de la ciudad, se llena espontáneamente de imágenes: las calles rectas formando una retícula perfecta, el tráfico regular en caudal y velocidad, la altura de fachadas pareja, etc.

El orden sugiérese en primera instancia de modo visual, morfológico, y más aún, simplificante. Pero se trata de un grave error. Ordenar no tiene por qué ser unificar, homogeneizar, igualar, aplanar. Por el contrario, ordenar debe suponer concertar, regular, armonizar lo dispar, lo diferente. Lo primero es un falso orden mecánico; lo segundo un auténtico orden orgánico. La ciudad, por su contenido humano, se asimila más a éste que a aquél.

Pero, ¿lo sabemos en los hechos? En la práctica es más fácil reconocer el desorden que el orden.

Hay un urbanismo moderno que no necesariamente cae en

(12) RUBÉN CALDERÓN BOUCHET: *Op. cit.*, pág. 102.

la rigidez de la retícula y de la altura de fachadas, pero sí en la de un orden artificial puramente formalista. Por ejemplo, se propone convertir las calles en nuevos canales circulatorios, evitar cruces a nivel y otras sugerencias prácticas encomiables. Sin embargo, no se han valorado las consecuencias vitales que ello supone: la abolición de la calle como algo más que un canal vehicular, como es la arteria al cuerpo social: flujo de vida.

Hay ciudades nuevas o sectores urbanos construidos *ex-nihilo* que tienen la perfección formalista de las maquetas y que hacen agradable impresión sensible vistas a vuelo de pájaro pero cuya vida real no es paradisíaca, ni mucho menos. En estos ejemplos se sacrificó el auténtico orden urbano por el formalismo visual.

En muchos casos se desarraigaron familias que vivían dentro del mayor desalifio material creyendo que, transportándolas a aquellas ciudades, de diseño ordenado, se les solucionarían todos sus problemas. Hecha la experiencia, pudo comprobarse que se había subestimado el orden invisible de las barriadas espontáneas y que se lo había sacrificado por un nuevo orden material. Es más, en los Estados Unidos hay sociólogos que han descubierto una vida social más rica en los *slums* tradicionales que en los barrios de clase media. Y, en Francia, por vía opuesta, se han tenido que demoler enormes monobloques (HLM) perfectamente ordenados sobre el terreno, a causa de que a 30 años de construidos, en lugar de generarse una armónica vida vecinal, por sus características inhumanas (falta de insonorización, largos corredores comunes, desarraigo de sus habitantes, etcétera), produjo más delincuencia juvenil y reyertas entre familias que la de los *bidonvilles*, materialmente más precarios.

Es verdad también que la ciudad actual duele y golpea por su falta de unidad, de coherencia, por su fragmentación deliberada, por su inorganicidad, por su desorganización exterior —toda vez que sea más o menos explícita— en base a elementos inconexos, neutros, no justificadamente jerarquizados.

En esto coincide todo aquel que se asoma al problema: desde el apocalíptico Spengler hasta el mentor de la *nouvelle droite*

Alain de Benoît, pasando por el neo-marxista Henri Lefèbvre. *En las ciudades mundiales* —escribe Benoît— se reencuentra el espíritu de análisis, la razón puramente analítica que tan particularmente caracteriza al espíritu de la burguesía, ese 'pícaro genio de la abstracción y la separación', venido no se sabe de dónde. Todo lo que otrora estaba ensamblado se reencuentra desvinculado, deshecho, separado, clasificado (13).

En efecto, las grandes ciudades han crecido siguiendo un orden mecánico (si es que ha habido alguno), y los urbanistas se han limitado (en la mayoría de los casos) a separar (primero mediante zonificaciones simplistas) o a clasificar las funciones urbanas sin ningún atisbo de jerarquización. Tal es el caso de la «Carta de Atenas» que enuncia indiscriminadamente las actividades: *habitar, trabajar, circular, recrear el cuerpo y el espíritu* como si todas tuviesen la misma importancia.

O, tal vez, no se pensó que con simplemente aislarlas no se estuviesen sentando sino las bases de un urbanismo sin arquitectónica, que no hace más que racionalizar la realidad, pero que es incapaz de darle sentido. O, tal vez, se trata de una deliberada omisión consciente, que mana de una neutralidad en materia filosófica y moral, de una suerte de neutralismo relativista que deja librada a la conciencia de cada uno —a la manera del laicismo militante— el sistema de valores que se prefiera, como si pudiese haber verdadera *polis* sin una estrecha integración de creencias.

Aunque este aspecto es muy interesante, debemos dejarlo de lado para proseguir con el hilo de nuestra disquisición. Habíamos dicho que existía una coincidencia entre autores diversos; es la coincidencia en la crítica. En efecto, Henri Lefèbvre dice bien que *la ruta y la calle se hacen esenciales pero desérticas en su misma circulación incesante y siempre repetida. La venta* (se refiere, sin duda, a los locales de negocio) *se convierte en algo más importante que la producción, el intercambio más que la*

(13) ALAIN DE BENOÎT: «La ville face a son destin», en *Eléments*, núm. 24-25 (1977-78), pág. 23.

actividad, los intermediarios más que los creadores, los medios más que los fines. Y todo se hunde en el tedio (14).

Lamentablemente Lefèbvre no nos da la salida, olvidando quizá que la alternativa socialista ya fracasó en los albores de la Unión Soviética, antes de que el régimen se fosilizara, cuando se pretendió la fórmula de las comunidades utópicas al día siguiente de la Revolución.

Como quiera que sea, una ciudad ordenada urbanísticamente —pero sólo en las apariencias visuales— no es necesariamente una ciudad en orden. Y otra, aparentemente desordenada en las formas exteriores, puede responder a un orden esencial. En el primer caso se hallarían las ciudades que responden a trazados geométricos —barrocos o neoclásicos— y, en el segundo la ciudad prototípica del Medioevo. No ha sido fácil reconocer que la ciudad medieval estaba asentada en un orden funcional admirable. La leyenda negra impedía esta revaloración. Curiosamente fue un anarquista intelectual —que ni siquiera da testimonio de cristianismo— quien contribuyera a echar luz sobre estas cualidades: Lewis Mumford.

El gran error de la civilización maquinista de las ciudades fue justamente tomar como fin a lo que era un medio. El caso hiperbólico lo constituyó el urbanismo del «período rosa» de la revolución marxista-leninista soviética, cuando se intentó una jactanciosa correspondencia entre las formas urbanas y la organización industrial que, naturalmente, no prosperó. El propio régimen se encargó, luego, de estigmatizarlas.

La fe excesiva en los instrumentos distrajo a la humanidad de la importancia de la elección de los fines. Peor aún, los medios fueron implícitamente sustituyendo a los fines. Y aquí se produce el primer desorden de la ciudad contemporánea que, sin duda, es el más grave de la historia, por mucho que Babilonia y la Roma decadente no hubiesen sido acontecimientos irrelevantes, porque ahora toda la civilización se juega en las grandes ciudades y casi no hay nada fuera de ellas.

(14) HENRI LEFÈBVRE: *Introduction a la Modernité*. Citado por ALAIN BENOÎT, *loc. cit.*

Pero hay que decir, además, que contrariamente a lo que se cree, el verdadero orden, aun formalista y aparente, no es monotonía, ni uniformidad. Al contrario, como dice Santo Tomás, *no existe orden sin distinción*. Lo que equivale a decir que la variedad es una precondition para que exista verdadero orden.

Y así es, porque un barrio nuevo de casas para obreros en Buenos Aires, lo mismo que un suburbio victoriano de Londres en base a casas del tipo «semi-detached», no pueden exhibir un orden genuino, ya que se trata de expresiones monocordes que impiden ese mínimo de distinción de que habla el Aquinate. Es lo mismo que un ruido unísono; que no es melodía. Porque la armonía musical es fruto de un orden en el que necesariamente intervienen notas distintas.

Por eso es que no hay un prototipo arquitectónico ideal y singular para edificar una ciudad, como creían los utopistas, o los capitanes de la industria de la construcción en el siglo XIX en Inglaterra. Como tampoco existe una fórmula única, ni perfecta, para la disposición de las masas edilicias ni para la disposición de vacíos y llenos. Porque esto precisamente es lo que tiene de arte el urbanismo: el modo de combinar los elementos plásticos que componen la ciudad.

Ya en los principios del Renacimiento, León Baustista Alberti concebía la ciudad como un lugar ordenado donde la gente pueda vivir. Un estudio crítico de *De Re Aedificatoria* expresa que *una ciudad compuesta de edificios hermosos y correctamente ornamentados revelarán la existencia de un orden, pero también harán algo más: facilitarán ese orden proveyendo lugares para la participación en las actividades que ordenan la ciudad* (15).

De todas maneras, acertar con el orden esencial y aparente que debe tener una ciudad no es fácil. Constituye el gran desaffo a los urbanistas y, antes de ellos, a los políticos urbanos. Camillo Sitte, pionero del urbanismo a fines del siglo pasado, se

(15) CARROLL WILLIAM WESTFALL: *In this most perfect Paradise*, The Pennsylvania, U. P., 1974, pág. 61.

planteó una duda profunda al comienzo de sus estudios en su Viena natal. Mientras veía construir la *Ringstrasse* —avenida y conjunto de edificios a lo largo del terreno que había ocupado la antigua muralla— se inquietó profundamente por no poder descubrir la razón por la cual todos los proyectos que se habían hecho para el concurso de la obra no podían competir con la ciudad antigua en punto a belleza (16).

A través de sus investigaciones sobre la percepción del espacio, la fisiología de la visión y la historia del arte, Sitte descubre con el rigor metódico que es característico del genio germánico, que la antigua Viena había sido construida con una imaginación rica, basada en la intuición y que, en cambio, en los sectores nuevos, el racionalismo consciente quitaba sabor a todo lo creado.

O sea, descubre que había un orden subyacente que valía más que el orden geométrico explícito limitado a la simetría, el equilibrio de masas y vacíos monumentales. Aquel otro orden retenía, por el contrario, la sensación de lo imprevisto, la tensión vital entre las masas, la diversidad de los puntos de vista; en suma, una serie de virtudes naturales que el orden rígido de las regularidades racionales había limitado.

Y no es que Sitte no aceptase la simetría clásica; lo que no toleraba era su abuso. ¿Acaso en la Acrópolis falta la simetría? Por cierto que no; pero también hay que decir que no es el principio fundamental de la composición del conjunto. Por otra parte, Sitte descubre, estudiando Brujas, que la irregularidad fue muchas veces deliberada en la Edad Media, como cuando se realizan intersecciones de calles sin necesidad de ser un cruce ortogonal en «la solución» del damero.

Por otra parte, hay que destacar que existe un orden *intraurbano*, el que fuera explicado magistralmente por Gastón Bardet al describir los escalones comunitarios (17) y otro *extraurbano* como el que fue propuesto como paradigma por Walter

(16) Cfr. CAMILO SITTE: *Der Städtebau nach seinen künstlerischen Grundsätzen*, Viena, 1889.

(17) GASTON BARDET: *Pierre sur Pierre*, París, 1984, pág. 233.

Christaller después de sus investigaciones regionales en el sur de Alemania (18). Pero el mérito de Bardet, o de Christaller, no fue el de *inventarlos*, sino, por el contrario, el de haberlos *descubierto* en la realidad misma, claro que sabiamente observada.

De modo análogo, la planificación urbana tampoco debe ser concebida como un orden totalmente artificial, arbitrariamente impuesto a la ciudad, sino, en todo caso, como un correctivo de excepción, toda vez que suple el orden que se ha desvirtuado por extravío de la inteligencia, o por negligencia de la voluntad, o por desenfreno de las palabras humanas (19).

De ahí que sólo es buen urbanista aquel que posee esa sabiduría que consiste en saber servirse del conocimiento de la información disponible. Porque sabio, dice Aristóteles, es aquel que ordena las cosas a un fin; no el que acumula conocimiento sin «redondear» ningún pensamiento fecundo e integrado. Y el orden, sin un fin, es una entelequia. Por eso, el fin al cual debe ordenarse el urbanismo tiene que ser coincidente con el fin de la ciudad. Y por eso también es que si la política es la ciencia de los fines, de las opciones, de las metas elegidas, entonces no puede haber urbanismo sin política urbana (20).

Conclusión.

El descubrimiento del orden en la ciudad y en el urbanismo no es tarea sencilla y no se reemplaza con la fácil elaboración de un orden artificial. Ni al modo de Rousseau, ni al de Marx, en lo socio-político; pero tampoco al modo de los diseñadores de ciudades que proceden como si la ciudad fuese una hoja de papel en blanco en la cual se complacen con hacer dibujos geométricos, más o menos regulares.

(18) WALTER CHRISTALLER: *Die Zentralen Orte*, Jena, 1933.

(19) Cfr. P. H. RANDLE: *Razón de ser del Urbanismo*, Buenos Aires, Oikos 1984, pág. 234.

(20) P. H. RANDLE: «Sin política urbana no hay urbanismo», en *Civilidad*, año II, núm. 15, pág. 60.